

La ciudad perdida.

Como concepto político, espacio público nos habla de una esfera de coexistencia pacífica y armoniosa de lo heterogéneo de la sociedad, marco en que se supone que se conforma y se confirma la posibilidad de convivir democráticamente y como iguales. La esfera pública es, entonces, en el lenguaje político, un constructo en el que cada ser humano se ve reconocido como tal en relación y como la relación con otros, con los que se vincula a partir de pactos reflexivos permanentemente reactualizados.

Las grandes transformaciones que ha experimentado las ciudades en los últimos decenios, son evidentes. En un primer momento fueron esenciales las actuaciones para regenerar espacios, con la intervención en calles y plazas, el esfuerzo en el equipamiento de la toda la ciudad y especialmente en las áreas periféricas donde había graves déficits urbanísticos, y la prioridad del proyecto urbano. La construcción de complejos habitacionales, carreteras, puentes, zonas industriales han adquirido una forma caótica, antiestética y antihumana. La ciudad ha perdido su capacidad atractiva, su erotismo, su capacidad de fascinación y lugar de pensamiento. Se hace necesario poner énfasis que la construcción de la ciudad no se deje solamente en manos de políticos y de técnicos sino que cuente de manera esencial con la participación ciudadana y el diálogo.

Walter Benjamin realiza una crítica urbana en las vivencias directas de la ciudad, y señala en ella los signos más tempranos de la modernización y consolidación de la urbe como espacio del capitalismo. A pesar de ser crítico del modelo socioeconómico que se consolida en los pasajes comerciales y en la cultura de masas resultante, en ella encuentra la acumulación de ‘fantasmagorías’ –un cúmulo de experiencias asociadas a la mercancía, las masas y el espacio– a las que responde contemplativamente reconociendo una oportunidad.

Patricio Salinas A. Santiago de Chile, julio de 2017